ESTAMPA DE UN ROMANTICO ARGENTINO

POR

JUAN FRANCISCO MARSAL

La primera impresión que se recibe al introducirse por primera vez en la historia nacional argentina es la de haber sido trabajada a fondo, cincelada meticulosamente, aclarada hasta en sus últimos escondrijos. Esta impresión es todavía más fuerte si se proviene del desamparado campo de la bibliografía española del siglo XIX, verdadero mar de ignorancias. (Uno de los más grandes gravámenes de nuestra cultura: desconocimiento de nuestros más recientes pasos, que es ignorancia radical de nuestro ser actual a la vez que explicación de ese comenzar y recomenzar de nuestra vida colectiva a la vuelta de cada esquina de la historia, de tal modo que España resulta *políticamente* más joven que muchos países hispanoamericanos.)

Esta afirmación inicial la lanzo con intención de herir el tradicional y gratuito españolismo obnubilador—de banda española—de toda la visión del horizonte total de nuestra forma de vida. (Américo Castro, sobre la huella de Unamuno, ha señalado esta forma de vida como común denominador de las diversas historias y como explicación final de nuestro diverso devenir.)

El curso histórico hispanoamericano, como en definitiva todo curso histórico, viene en parte determinado por la acción de las ideas. Estas ideas, como señala José Luis Romero respecto a la Argentina, no son originales, sino, por el contrario, están en relación de dependencia fiel a algunas fuentes extranjeras; pero lo importante es que "si se examina la significación nacional de ciertas ideas—adquiridas o no—y su vibración en la colectividad argentina, se descubrirá rápidamente que están marcadas por un acento peculiar, ornadas con un nimbo de tonos inconfundibles que corresponden a los que iluminan nuestra existencia" (1).

De otra parte, nos percatamos de que estas ideas consustanciadas son salidas de la mente de muy contados hombres preclaros que han servido de verdaderos hitos o jalones en la evolución cul-

---

(1) Romero, José Luis: *Las ideas políticas en la Argentina*, págs. 9 y 10. Fondo de Cultura Económica. Méjico.

tural. De ahí que la ignorancia de alguno de estos pensadores epónimos sea ignorancia de la vida histórica por él creada, o viceversa: su pensamiento, la más acertada vía hacia un entendimiento cabal de su pueblo. Unicamente achacable a esa falla medular de nuestra forma de vida a la que anteriormente me refería y que Menéndez Pidal llama individualismo, habría que cargar el que Maragall, *imatge totemica* en Cataluña, sea apenas valorado en el resto de España. Y Esteban Echeverría sea en medios cultos españoles, como más, el nombre de un porteño afrancesado.

Queda, pues, con lo anteriormente escrito justificado este artículo y las exigencias internas de su autor, incompatibles con cualquier entretenimiento erudito.

* * *

"Don Esteban Echeverría era delgado de cuerpo, alto de estatura, de rostro pálido, de cabello recio, ensortijado y renegrido; tenía regulares las facciones de su fisonomía, y elevada la frente" (2). Así, intemporalmente, nos lo dibuja en estampa romántica su entrañable amigo y embalsamador de su gloria Juan María Gutiérrez. (Un retratista de la época nos lo diseñará del mismo talante y con el desierto al fondo.) He aquí a nuestro personaje, un personaje ciento por ciento romántico, en actitud osada, precursora. He aquí al protorromántico argentino.

Don José Esteban Antonino Echeverría nace en el barrio del Alto de Buenos Aires el 2 de septiembre de 1805. Fueron sus padres don José Domingo Echeverría, comerciante vasco, y doña Martina Espinosa, porteña. Nada más ajeno a mi intención que una reseña banal, registral, de estos datos: la circunstancia de su nacimiento van a estampar a nuestro hombre para toda su vida. Años adelante, años casi últimos, él mismo nos dirá que se siente "porteño en todo, ante todo, y por todo" (3); ángulo austral desde el que se ve de determinada forma su país y el mundo. Su juventud, presente en los primeros vagidos de la vida independiente argentina, no contiene grandes novedades: amoríos, estudios no muy excelentes de latín y filosofía, y, por último, siguiendo un camino habitual en los jóvenes de su clase, empleado de comercio. Pero estos caminos llanos fueron sumergidos en baño romántico, y estas crisis

(2) O. C. Buenos Aires, 1874. Tomo V, "Breves apuntaciones biográficas y críticas sobre don Esteban Echeverría", pág. XXXVII.
(3) O. C. Tomo V, pág. 201.

regulares en todo joven fueron recargadas de tintas por el "joven ardiente y fantástico" hasta convertirse en un *leit motiv* de toda su obra en prosa y en verso. Una y otra vez se lamentará a lo largo de su vida:

Mi corazón ardiente desplegara
un mundo de pasiones; corrió ansioso
tras su torrente insano y tumultuoso,
y engolfado en su piélago profundo
perdió inexperto sin timón ni guía
por siempre su inocencia y su alegría (4).

Sea cual fuere la dosis de imaginación hay de cierto que en 1825 se embarca hacia Francia nuestro "compadrito del Alto". Francia, que es—escribe en 1848—"el pueblo que hace dos siglos marcha legítimamente como rey al frente del progreso humanitario" (5). Es esta partida, sin duda, el fin de una lucha interna en la que desarrolla un papel capital la muerte de su madre, a la que él cree abrevió sus días con sus desvaríos. A ellos también atribuirá otra de las angustias de su vida, su escasa salud, transmutando en poético sujeto:

Tú agotando, poco a poco,
has ido el ardiente foco
de luz que mi alma abrigó;
y con tu soplo de muerte
convirtiendo en masa inerte
una edad joven y fuerte
que mil frutos prometió (6).

Pero en la pugna entre ensueño y realidad, entre lucha interna e imaginación, la partida la va a decidir la mejor virtud de Echevarría: su ambición, su afán de desperezamiento, su sed de gloria.

Este es un momento capital, decisivo de la historia de Echeverría: el del desenmarcamiento, el desarmarse del marco original para encajarse en el tan distinto de París, gran escaparate del progreso mundial. Es preciso medir rigurosamente la distancia que iba entre la Buenos Aires de 1825 y su contemporánea parisiense. ¿Cómo era la ciudad del Plata por aquellas calendas?

Echemos mano de algún testimonio presencial, de algún viajero en distinto sentido. Alcides D'Orbigny, naturalista francés, viaja a Buenos Aires en 1826, un año después de la partida del poeta. Las observaciones del francés sobre la vida porteña son muy agudas (7). Aunque parte del principio de que es "un país tan diferen-

(4) O. C. Tomo III, pág. 330.
(5) O. C. Tomo IV, pág. 433.
(6) O. C. Tomo III, pág. 166.
(7) *Voyage pittoresque dans les deux Amériques.* París, 1836. Traducido en 1900 en Buenos Aires con el título de *Buenos Aires viejo.*

te de los de Europa", reconoce su auge y señala que "hay más vida y movimiento que en ninguna otra ciudad de la América Meridional" y estima el número de sus habitantes en 60.000, cifra muy respetable que aleja a la ciudad del Plata de toda imagen aldeana. Ahora bien: lo más feliz de las anotaciones del sabio es su observación sobre la lucha de costumbres—matraz de vida colectiva—, porque a pesar del predominio de las costumbres francesas e inglesas se encuentran profundas huellas de las antiguas españolas" (8). La lucha entre lo español como costumbre, y las modas foráneas, resultado de la política—principalmente rivadaviana—, está presente y a ello habría que atribuir mucho del antiespañolismo militante de la generación echeverriana. Y, finalmente, recojamos que el galo, buen catador, dice: "Sin que sea una ciudad literaria, puede presentar Buenos Aires un número bastante crecido de hombres instruídos, el cual va sin duda mucho mejor sin las restricciones a la libertad de imprenta" (9). Estas notas y otras muchas de otros contemporáneos nos dan las coordenadas del Buenos Aires de entonces a menos distancia de París de lo que las ansias de acercamiento de los ilustrados lo colocaban.

Pero volvamos a nuestro viajero. Tras una penosa travesía Echeverría llega a París. Hasta 1830—en vísperas de la Revolución de julio—permanece en la capital de Francia. Vive allí uno de los instantes de máximo cocimiento europeo: el del aflorar del romanticismo tras un período—como dijo Croce—de larga ascética racionalista.

Bajo el proceso político de la desatinada política ultramontana de Carlos X se está preparando el triunfo rutilante de la burguesía, real heredera de la Revolución francesa. Ya han hecho su escandalosa aparición la primera generación de románticos—nacidos entre 1790 y 1804—(10): Lamartine, Víctor Hugo, Vigny, Jorge Sand, Balzac, Michelet; de los que Echeverría es rigurosamente coetáneo como lo es de los españoles Espronceda y duque de Rivas. Por derecho propio se inserta, pues, en su ángulo generacional.

Nos dice su biógrafo, con cierto desencanto, que "Echeverría no se complacía en referir historias de sus viajes, ni las anécdotas de su permanencia en París" (11), lo que carga a la cuenta de un estudio absorbente. Los panegiristas posteriores no se pararían en barras ni en informaciones exactas; para ellos, Echeverría es un

(8) *Ob. cit.*, pág. 42.
(9) *Ob. cit.*, pág. 89.
(10) Véase Ortega y Gasset: "La estrangulación de D. Juan Tenorio", en *El Espectador*. O. C., ed. 1947, pág. 238.
(11) O. C. Tomo V, pág. XLII.

coautor del movimiento romántico europeo. Parécenos que el silencio de don Esteban en punto tan esencial merece una atención más fina. Porque en un hombre que, a lo largo de toda su obra, da tan abundante prueba de vanidad, la razón amical de Gutiérrez resulta a todas luces insuficiente. ¿No sería, acaso, más viable que el muchachito de veinte años de modesto bagaje intelectual, que su biblioteca de viaje testimonia quedó aturdido al encontrarse de pronto ante una encrucijada de la cultura europea, compuesta de caminos que sólo muy deficientemente conocía? Si cualquier persona aun de elevada cultura, al trasplantarse a otro país tarda meses y aun años en enraizarse en él, ¿qué no le iba a suceder al joven porteño, abocado de pronto desde el otro hemisferio a uno de los puntos neurálgicos de la cultura europea? Su asimilación debió ser forzosamente gradual, y su papel, de modesto y no muy avezado espectador. Y si bien su conversión al romanticismo estético fué súbita—flechazo generacional—, su conocimiento del más complejo aparato de las corrientes políticosociales coetáneas fué mucho más lento y, en gran parte, posterior a su viaje europeo (12). Tal es su toma de contacto con el pensamiento de Leroux y los saintsimonianos, realizada en Buenos Aires por vía amical (13).

En 1830, probablemente por falta de recursos, de los que nunca anduvo muy abundante, regresa Esteban Echeverría a Buenos Aires. Este indudable gran patriota que es Esteban Echeverría otea la aparición de su tierra rioplatense con alborozo, y su alforja llena de ensueños innovadores. (Ensueños, no lo olvidemos, forjados del otro lado del Atlántico, en el clima, tan distinto, de París.) Esta emoción, que le sugiere la visión del río argentino, la encarna en una de sus más tonantes composiciones:

¡Salve, oh Plata! En tu presencia
multiplicarse yo siento,
sublimarse mi existencia,
lo que hay de humanal en mí;
y ora quieta, ora iracunda,

---

(12) Aún en París, y en febrero de 1827, garrapateó algunas líneas en defensa del sensacionalismo de sus maestros porteños (O. C., tomo V, pág. 419). En su obra poética, en cambio, años adelante, criticará el materialismo de Fernández Aguero y se sentirá decidido partidario del espiritualismo, de moda en París. Véase en este sentido la nota 6 al "Avellaneda", en O. C., tomo I, página 437. (Es curiosa también la contranota de Juan Martínez Gutiérrez elogiando la labor "más que sistemática emancipadora" de la escuela filosófica de la rivadaviana Universidad de Buenos Aires. Hay un algo de reproche de ingratitud del biógrafo para su biografiado.)

(13) Ingenieros, José: "Los sansimonianos argentinos", *Revista de Filosofía*. Buenos Aires, 1915.

se muestra hirviendo la vida
rebosar en mí fecunda
como rebosa ahora en ti (14).

Pero la vida platense ha seguido sus propios derroteros, y el acomodamiento resulta difícil a la pupila demasiado abierta del viajero. El cree que, con sólo prender la chispa de su ingenio, una llamarada de entusiasmo romántico se apoderará de su país, que espera justamente su llegada, su mensaje. Se equivoca: su primer poema, *La novia del Plata* (1831), no tiene ninguna acogida. Lo mismo otros de más o menos jaez y poca claridad. Solamente tras la escuela del desengaño, hacia 1834, alcanza el éxito social con una colección de poemas: *Los consuelos*, que ensamblan un moderado romanticismo a un cierto tradicionalismo idiomático castellano. Esta timidez la reconoce su autor en el prólogo a la colección: "Si, recobrando mi patria su esplendor, me cupiese la dicha de celebrar otra vez sus glorias, seguiría distinto rumbo, pues sólo por no trillados senderos se descubren mundos desconocidos" (15). El nuevo rumbo, más calado de intención social e innovadora, lo iniciará con sus *Rimas*, que contiene el poema *La cautiva*, famoso por su novedosa utilización del paisaje nativo como elemento poético y la alusión política antirrosista que esconde. Pero esto ya es harina de otro costal.

La Argentina de nuestro protagonista es la de Juan Manuel de Rosas, quien tuvo a su patria en un puño desde 1829 hasta 1852, en que fué derrotado en la batalla de Caseros por su lugarteniente Urquiza. Su figura, llena por derecho y por hecho propio toda esta época. Y aún más: por un extraño destino, dice Manuel Gálvez, "es un tema de actualidad desde hace ciento veinte años" (16). De ahí que este biógrafo, en su excelente prólogo, se cubra de ataques cuando a renglón seguido añade que "no quiero que se crea que hago historia con ideas actuales, lo cual sería falsa historia". O política, aclaramos nosotros.

Rosas en medio, de un lado están los nacionalistas, como Ernesto Palacios, Steffens Soler, Irastuza, etc., etc.—existe un Instituto: Juan Manuel de Rosas—, para los que el gobernante habría sido un ejemplo en la historia argentina; de otro lado, aquellos que, siguiendo los pasos de Vicente Fidel López, Estrada e Ingenieros—historia oficial—, como Alfredo Palacios y Ruiz Moreno,

---

(14) O. C. Tomo II, pág. 223.
(15) O. C. Tomo II, pág. 12.
(16) Manuel Gálvez: *Vida de D. Juan Manuel de Rosas*, pág. 6. Buenos Aires, 1940.

para los que Rosas representa lo antidemocrático y, por ende, antiargentino. Esta postura polémica, tajante, llena de exigencias políticas, la manifiesta netamente José P. Barreiro, que distingue entre un revisionismo "histórico" (Saldias, Quesada) y un revisionismo "político" (los autores citados anteriormente). "Quedará—dice Barreiro—postergada para mejores tiempos una interpretación más serena, más integral de la historia patria" (17). Semejante postergación no es nunca admisible; pero no intentemos aquí meter cuchara en tan discutido caldo. Para unos, Rosas fué legal, popular, patriota, culto, heroico, religioso, profundamente argentino; para los de la acera de enfrente, todo lo contrario (18). Dejemos al tiempo tan inclemente polémica.

Lo que sí nos incumbe es averiguar cuál fué la visión de esa Argentina que tuvo don Esteban. Grande debió de ser su decepción al confrontar su ideal de la patria de Mayo con la cruda realidad del gobierno Rosas. Sintiendo en uno de sus personajes, dijo:

> *Volvió a su patria joven todavía,*
> *llena el alma de bellas ilusiones;*
> *la patria de su amor ya no existía,*
> *y encontró en lugar suyo horrenda orgía*
> *de feroces y estúpidas pasiones* (19).

Sin embargo, alma afanosa, no se deja arrastrar por esa repugnancia espontánea ante la situación política de su país, y anda tras una explicación rigurosamente intelectual. En ello hay una renovación de actitud común a toda su generación, y en abierta contradicción con el dogmatismo racionalista de la anterior, plasmada políticamente en el grupo político de los unitarios. Por ese camino hará Echeverría su más trascendental descubrimiento: la realidad social argentina. Toda su obra, en especial la parte de "vil prosa", está cuajada de ataques a sus predecesores por su falta de explicación social, de "doctrina social", como dice.

Simultáneamente, y a su pesar, su temperamento apasionado se filtrará en feroces diatribas contra el tirano, incapaz de asir el cable salvador que los jóvenes intelectuales de la Asociación de Mayo le tienden.

Consecuente con sus ideas, Esteban Echeverría, a pesar del signo cada vez más adverso de la vida política, se niega a emigrar, como

---

(17) José P. Barreiro: *El Espíritu de Mayo y el revisionismo histórico,* página 127. Buenos Aires, 1955. 2.ª ed. Por cierto que esta obra, enferma de este mal que Julián Marías ha llamado "politicismo", es un excelente Baedecker de los problemas vivos de la cultura argentina de hoy.

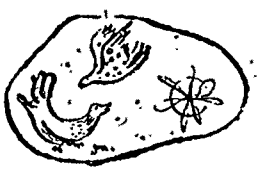
(18) Véase *En torno a Rosas y el revisionismo.* B. Aires, 1955. Ed. "Bases".

(19) O. C. Tomo II, pág. 153.

tantos de sus compañeros. Sobre ello ha dejado unas líneas de íntima reflexión: "Y ¿adónde vamos cuando emigramos? No lo sabemos. A golpear la puerta al extranjero y pedirle hospitalidad; buscar una patria en corazones que no pueden comprender la situación del nuestro ni tampoco interesarse por un infortunio que desconocen y que miran tan remoto para ellos, como la muerte" (20). Pero tras la fracasada insurrección del general Lavalle de 1841, en la que había tomado parte, no le queda otro remedio. No marchó muy lejos: al Uruguay (primero, a Colonia; luego, a Montevideo). En esta ciudad vivió hasta su muerte, acaecida el 19 de enero de 1851, el año anterior a la caída de Rosas.

La estampa romántica termina deviniendo en realidad, coloreándose con los tonos vivos de la vida misma. Y este porteño, que comenzó siendo un romántico de laboratorio, que abultó sus íntimas desdichas y sus vulgares trivialidades juveniles para crear poesía de su tiempo, acabó atrayendo a sí uno de los más acreditados duendes románticos: la fatalidad. La salud, la adversidad política, el olvido, el destierro fueron sus mensajeros, que anunciaron una muerte desdichada y sin esperanza cuando, sin saberlo, el vate estaba a las puertas del paraíso soñado para su patria. Hasta sus restos, presos del duende, desaparecieron, para no ser posible ni a los últimos residuos de su cuerpo colmar el sueño acariciado. Esteban Echeverría es ejemplo escalofriante de cómo los hombres, día a día, seleccionando posibilidades, eligiendo, van atrayendo su propio Destino.

---

(20) O. C. Tomo V, pág. 435.

Juan Francisco Marsal.
Boulevard Oroño, 1.165.
ROSARIO (R. Argentina).